



Iwo Jima



¿De **Dónde** eres?
¿Que eres? ¿**Quién** eres?

Las diez treinta del veintitrés de febrero de milnovecientoscuarentycinco se registraron en la historia grande, cuando un grupo de soldados estadounidenses lograron trepar hasta la cresta del monte Suribachi, en la volcánica isla de Iwo Jima, donde izaron la orgullosa bandera del imperio emergente, el “imperio del fuego”, acto que al mismo tiempo anunciaba el inminente pase a la historia ya contada del decadente “imperio del sol naciente”. Este episodio guerrero fue grabado en un cuadro de película por Joe Rosenthal, y se convirtió en una de las imágenes más difundidas de todos los tiempos. Ese día, y los sucesivos, más de veinticincomil humanos, incluyendo tres de los seis personajes captados en la foto, murieron enfrentados, murieron defendiendo al imperio moribundo los de un lado y murieron construyendo al imperio naciente los del otro.

Ese mismo día, en tierras de los casi antípodas de Iwo Jima, una modesta casa de aldea en Quntáns de Berdía, en la Galicia rural y franquista. Pilar, el ama joven atendía como de costumbre a sus deberes domésticos, incluyendo la alimentación de los dos cerdos, las dos vacas y las gallinas del corral familiar. De pronto su interior pareció desgarrarse y unos dolores atroces empezaron a anunciarle que el esperado, además de temido, momento de la verdad había llegado. La verdad era el inminente alumbramiento del primer producto de su matrimonio con Andreas, un veterano mutilado en la Batalla del Ebro, en la fratricida guerra en Iberia, que cinco años antes había segado antes de tiempo las vidas de más de un millón de humanos.

El drama familiar continuó en el piso alto de la vivienda, justo encima de las cuadras, donde los animales compartían el calor de hogar con sus amos humanos. Pilar preparó rápidamente el escenario de la lucha que se avecinaba y recolectó toda la dotación de trapos que entregó a Andreas para que los desinfectara hirviéndolos en agua. El “trabajo de parto” se prolongó un par de horas en el frío glacial de aquel cuarto umbroso y casi monacal en su austeridad, escenario del **donde** de la lucha por el derecho a un nicho de la nueva vida pública que asomaba buscando una oportunidad de sobrevivir y medrar en el ambiente azaroso y hostil, fuera del confort amniótico. El misterio del **qué** se resolvió a las diez horas del día de Iwo Jima, sin fotografías, con madre e hijo como únicos testigos. Un ejemplar masculino de la especie homo, de aspecto más bien esmirriado y chaparro, se anunció con un grito prolongado, en el único idioma que entonces conocía. El rito del corte del cordón umbilical, la traumática separación definitiva del Edén amniótico, fue ejecutado con maestría por la propia Pilar, tal vez una de las últimas representantes de una estirpe de heroínas de las que ya pocas quedan. Una jofaina de latón con agua calentada al fuego de la lareira sirvió para la consumación del baño purificador.

El misterio del **quién** lo resolvió el padrino asignado, Tío Santi, quién en vista tal vez de los tiempos violentos que corrían resolvió signar al producto con el nombre legal de Iacobus, el mayor de los Boanerges, en su versión marcial. La licencia de vida formal fue firmada por los apoderados legales ante la inopia manifiesta del interesado. El cura párroco, don José, me sacramentó Santiago, según el rito cristiano afecto a la Tiara; nada de fotos en todo este proceso; en aquellos pagos era como si la fotografía no se hubiera inventado todavía. Nada fue registrado en algún libro de recuerdos, solamente en los fríos catálogos de relación de nacidos, donde nacen las estadísticas, y se engendran los pleitos.

Iacobus Parvus

Agosto 22, 2003

D.R.© Platicabulo

Ser Mejor para servir mejor